

# Cruz y raya en los libros

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

BEAUVOIR, Simone de. *La fuerza de las cosas*; traducción de Ezequiel Olaso. Buenos Aires, Suramericana, C 1964. 762 p.

La señora Simone de Beauvoir ha sido una gran escritora cuyas inquietudes la han llevado a explorar —y con mucho éxito literario y suceso extraliterario— los campos de la ficción, la reflexión filosófica y la introspección moral. Así, no solo ha observado su propio mundo, ese que toda mujer guarda con tanta vehemencia para sí, sino aquel que con tan poco reposo ha solido circundarla casi siempre. Y en medio de los cuales está Jean Paul Sartre, sea dicho sin propósito anecdótico. Se trata, en verdad, de una demoledora de hipótesis, de prejuicios, de teorías prefabricadas sobre la condición humana en general. Afuera, y digámoslo en primer término, nos describe realidades como las de los *mandarines*, semidioses y señores bárbaros de los destinos literarios de Francia. Ha hecho aquí el análisis implacable de un círculo al cual muchos desean entrar y muy pocos, ciertamente, salir. Por eso se ha podido decir que la obra donde los describe, *Los mandarines*, es una de las novelas francesas actuales que más posee ciertas claves. Que Sartre —se dijo— era Duheuilh, y Camus, Henry Perron. Que Ana, la misma Simone, naturalmente. Pero tales suposiciones resultan una verdad a medias; porque, según acabo de anotar, ella no rechaza en modo alguno la ficción. Es más: su mundo está entrelazado de imágenes, tal vez de quimeras, con la yerma y sucia realidad. Como decían los griegos del centauro, en ella hombre y bestia van juntos; quiero decir, en el ambiente de sus libros. Si no, sin esos granos abundantes de imaginación y de delicada sutileza, ¿dónde se nos quedaría, acá sin ella, la mujer? Siendo esto cierto, como creo que lo sea, cuanto vale en las concepciones de la autora es la realidad de los tipos humanos, de los caracteres, de las situaciones, de una manera de vivir entre el filo de la navaja —para utilizar una frase hecha ya lugar común— y la embriaguez del licor humano: demasiado humano. No que, a fuer de clave, caricaturice. Hay que corregir estas ñoñerías. O sea el creer que en la novela, pero especialmente en la denuncia social, rábano y hoja —por decirlo así— son una misma e idéntica criatura. No; lo que en ellas importa es esa “imagen del tiempo”, y en el caso concreto de las novelas de Beauvoir, la imagen temporal que vio a los *Mandarines*. Shakespeare, por ejemplo, es maestro

en ello. ¡Claro está! Todos recordamos a Shylock, y, no obstante, nadie o muy pocos retienen en sus memorias al médico López que lo inspiró. Allí López “ahorcado, destripado y descuartizado” es todo claroscuro, sombra de tiempo. Volviendo a la autora, nos descubre, ya en otro ejemplo, y envolviendo a la vez al sujeto y al objeto, los hombres y las cosas, los paisajes, los peligrosos viajes por el desierto, los “drug-stores”, los sórdidos bares, los barrios negros, los elevados, los “partys”, los “campys”, la educación exclusiva, los gansters; en fin, sus cowboys, su jazz, sus “stars” de cine que Norteamérica ha elevado a la categoría universal de grandes realidades sociales. Pero aquí erraría también quien supusiera al relato mero esquema estadístico, por cierto tan del agrado de los yankis. Llegan también en esta obra, recordando cierta imagen barroca de nuestro Rivera, filosofía y ficción adelante. Ella hizo un *viaje filosófico*, a la manera de Stendhal, si es que he de citar a uno de sus grandes compatriotas.

Mas vengamos a la otra fase de la Beauvoir; esto es, a la mujer que escruta su vida. Ha escrito dos obras: igualmente claves, según se afirma. O con clave. Son *Memorias de una joven formal* y esta que reseño: *Plenitud de la vida*. En la primera nos contó cómo surgió su vocación de escritora, tratándose de la hija de un circunspecto ambiente burgués e, igualmente, de una “familia linajuda”, o como reza el lenguaje periodístico. Lo cual es lo mismo que decir: de un aire enrarecido donde encontró las primeras trabas, y acaso las más definitivas a su imaginación, a su quehacer pensante, a su libertad de escritora. En la segunda, cómo realizó su vocación. Son, en consecuencia, los años de lucha, de aspiraciones, de esfuerzos y posiblemente de primeras amarguras. De su ingreso a un círculo de intelectuales muy rebelde, que tanto iba a aportar a las letras francesas. En este momento comienza a conquistar la independencia que adelante le permitiría volver la espalda a los prejuicios y a los figurones. De ahí, supongo, su pacto con Sartre. De ahí también, y esto sin suposición alguna, su libertad individual. Presta testimonio de su vida y de la de los demás, sin prejuizar. Tal vez, como ella dice, no lo diga todo. Pero esto nos regresa unos renglones atrás. Sin embargo, en cuanto ella relata, que es mucho, ostenta dos características: de un lado no elude la verdad, y de otro capta toda una época. Precisamente toda esa época turbulenta que desfloró —nótese: *desfloró*— en la primera guerra mundial, se potenció en la entreguerra y, para bien o para mal, estalló rotunda en la última guerra mundial. Por ello la autora de esta obra hace pie, sin ser del “tercer milenio”, en el umbral de los tiempos espaciales y atómicos. Esto, a no dudarlo, constituye la clave subyacente del libro. Pues, lo mismo que todo ser en el umbral de una nueva edad, se debate, incluso retorciéndose, en busca de una orientación. Y claro está que lo grita, que lanza sin tapujos su angustia de ser vapulado. ¿No nos ha dicho acaso que “las lagunas, los silencios desnaturalizan la verdad”?

Seguramente las experiencias filosóficas de la novelista constituyan un factor pesado. Por lo menos, en nuestro medio. Y así se afirma. Sin embargo, ¿no estará escondido allí un síntoma, o el síntoma todo, de nuestra inventerada manera de pensar en imágenes?

\* \* \*

CURRIE, Lauchlin. *Ensayos sobre planeación*, introducción a una teoría de desarrollo conocida como Operación Colombia; prólogo de Virgilio Barco. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1965. 222 p.

Quienes en los últimos diez o quince años hayan seguido el curso de la literatura económica nacional, habrán advertido que su nombre, el del profesor Lauchlin Currie, se ha destacado junto con dos o cinco más, aunque aventajándolos si por tal ventaja se entiende el hecho de que casi no existe zona de nuestro *corpus* económico que no haya provocado su atención. Tal vez porque ha sido, como lo anota la casa editora, un permanente inconforme frente a las metas y a los procedimientos escogidos en Colombia y, en general, en América Latina para la lucha contra el subdesarrollo. Esto explica, en términos generales, su actitud francamente crítica en la mayoría de las fuentes de nuestra economía: agricultura, industria, urbanismo, etc. Mejor aún, frente a los experimentos de planeación. Tesis, en efecto, todas las suyas audaces —diríase de alta cirugía económico-social— pero muy respetables; no solo por su reconocida competencia científica sino por “su conocimiento directo y minucioso de Colombia”. Una de ellas es, cabalmente, la de la *Operación Colombia*, publicada hace pocos años. Como se recordará, su esencia consiste: sobre la base de que los esfuerzos colombianos —capital, administración pública, trabajo— deben movilizarse a fondo si se quiere ganar la batalla del desarrollo, hay que traer el exceso de habitantes rurales a las ciudades; en ella radica para Lauchlin Currie la condición *sine quam non* de la prosperidad nacional. De ahí en adelante, el profesor escribió una serie de ensayos con objeto de introducir nuevas dimensiones analíticas y explicativas a su operación y las cuales entregó a la imprenta con el nombre de este volumen: *Ensayos sobre planeación*.

Quiero destacar entre estos el llamado *¿Cómo industrializar?* Porque además de no tener discusión la circunstancia de que, sin excepción, el desarrollo se caracteriza por la industrialización, el secreto de una operación, como la Colombia, radica en la forma y medios que se acuerden para traer una gran parte de la población activa del sector primario al de la industria y los servicios. Ciertamente el fenómeno rebasa los límites de esta reseña. Sin embargo, conviene distinguir con claridad, al menos en el dintel de dicho fenómeno, la urbanización deseable de la concentración indeseable; esto es, su nociva repercusión geo-demográfica y no tanto la falta de capacitación del campesino. Ya que la experiencia ha confirmado —lo apunta el prologuista, Virgilio Barco— que el obrero y el agricultor colombianos, una vez capacitados adecuadamente, dirigidos técnicamente y dotados de equipo moderno, “son tan eficientes como los de cualquier país y pueden alcanzar la más alta productividad”. Y este planteamiento resalta aun más si recordamos, conforme a las últimas noticias, que el país tiene hoy más habitantes en las ciudades que en los campos; lo cual, claro, no varía la originalidad de la *Operación Colombia*, pues con ella nadie seguramente pensó que se trataba de reeditar el milagro de Moisés, o sea el de la salida de Egipto. Además, no creo que las nociones, con sus realidades implícitas y explícitas, de “masa” y “población” sean acá aconsejables. Considero inoperante la palabra “campesinos”, ya que dentro de estos existen grandes sectores de la población pertenecientes a sistemas

sociales cualitativamente distintos. Nuestros campos, en efecto, albergan comunidades primitivas, sociedades de tipo semifeudal o latifundista y grupos que disfrutan, viviendo y trabajando, de una economía moderna de tipo capitalista agrícola. Asimismo, en las grandes ciudades los grupos humanos son muy heterogéneos. Se encuentran desde la zona marginal hasta los hacinamientos multifamiliares. Como tampoco creo propio hablar de "clases altas" para hacer esa transformación. Hay que reconocer que todos sus miembros no tienen la misma habilidad y entrenamiento necesarios. Sería mejor hablar de una minoría dispuesta a escoger, entre las alternativas existentes, la o las más adecuadas. Por lo demás, recuérdese que nuestra sociedad es, por lo general, "tradicional", en donde, a fuer de tal, no se advierten grupos especializados que faciliten el cambio. Somos, por lo que a esto respecta, una sociedad indiferenciada, en la cual, para decirlo simbólicamente, el presidente de la república hace las veces de legislador, productor, economista, jurista, consumidor, etc. En una palabra: de pontífice y monaguillo al mismo tiempo.

\* \* \*

JONES, Joseph Marion. *¿La sobrepoblación significa pobreza?* Washington, Center for International Economic Growth, 1962. A cabeza de título: "Los hechos acerca del crecimiento de la población y el desarrollo económico".

He aquí un tema que inquieta —porque inquieta a la humanidad entera— a mentalidades tan opuestas como pueden ser de un lado las de los biólogos, exobiólogos, genetistas, zoólogos, estadísticos, economistas, sociólogos, y de otro, la de los clérigos, moralistas, filósofos, idealistas, teólogos, humanistas, etc. He aquí una cuestión de la cual depende el porvenir biológico, intelectual y espiritual del hombre. Y, sobre todo, que inquieta hoy. Porque una característica sorprendente de nuestro tiempo —como ya lo hizo ver André de Cayeux— es, sin duda, la aceleración, y de modo singular en las últimas docenas de años. La cantidad de energía producida en el mundo se duplica cada 17 años; la de aluminio cada cinco años; el número de obras y artículos científicos cada veinte años; la población mundial cada cuarenta años. Lo cual, en este último caso, constituye justamente la "explosión de la sobrepoblación". Pero el progreso, o el movimiento de tales guarismos se acelera cada vez más; de modo que el tiempo necesario para aquellas duplicaciones de día en día se acorta. Ante todo, debe verse en estas cifras un síntoma de vigor; luego el problema —anejo a toda exuberancia— y que, por lo que hace a la población mundial, se podría concretar en esta pregunta: ¿podrá nuestro planeta alimentarla, o simplemente alojarla? A tal punto indica gravedad esta pregunta, que se le considera el problema mundial número dos, puesto que el número uno es el de evitar que estalle la guerra nuclear. Recuérdese que durante los 65 segundos, y de acuerdo con la publicación *Frontiers of science*, que se necesitan para leer estas líneas —entre punto y punto— la población del planeta habrá aumentado en 100 individuos.

Como el papel de una reseña se reduce a describir, no voy a penetrar en algunas consideraciones de fondo. Diré, pues, que muy eminentes hombres de ciencia no temen al hambre ni a la superpoblación. Por ejemplo:

J. B. S. Haldane, un destacado biólogo con alrededor de 300 trabajos científicos de primera categoría, y quien cree que la humanidad establecerá el *birth-control* natural (1). Son, por tanto, los antimalthusianos. Son los que consideran que el problema de la superpoblación está mal planteado. Pues, aparte de que no se cuenta con la posibilidad mediata de una mayor perfección agrícola, un desarrollo del sistema de irrigación y utilización de alimentos sintéticos, hay superpoblación en ciertas regiones y subpoblación en la mayor parte de las tierras no favorecidas de nuestro planeta. Para ellos es evidente que "cuando nace un nuevo borrico, Dios hace un nuevo cardo". Otros, tal vez más realistas, malthusianos en un nuevo sentido, como el doctor Harrison Brown, del Instituto Tecnológico de California, consideran que hacia el año 2600 la población del mundo cubrirá, de seguir el incremento *actual*, cada metro cuadrado de tierra emergida. Y por eso aplauden los descubrimientos de Gregory Pincus y John Rock, cuya hormona sintética impide, tomada en forma de píldora, la producción ovular, según se demostró, 100%, en el test de Puerto Rico. Empero, la limitación de nacimientos crea una amenaza política sobre el mundo, aparte de la tosudez de los credos religiosos. Ciertos países consideran, en efecto, que en el caso de una guerra nuclear el arma más eficaz para que un país sobreviva será... la política del mayor número, esto es, un deliberado crecimiento explosivo de la población nacional. Hasta aquí el problema solo incluye los trabajos de los economistas, de los demógrafos y de algunos políticos. Es que los eugenistas y los genetistas también investigan; estos en el campo de la herencia y aquellos, completando las pesquisas de los genetistas, tienden a mantener, mediante una política biológica, las cualidades de la especie humana determinada por la genética. Si el comportamiento antisocial, verbigracia, es transmisible de generación en generación, ¿cómo debe planearse la libertad individual y cómo puede evitarse el mayor número de criminales que resultan de la mayor población? Y ello olvidando, en gracia de la brevedad, los alegatos de los teólogos, de los moralistas y de los idealistas. Valga el caso: el de los de los teólogos de vanguardia (2). ¿No hay quienes sostienen, acaso, que la sociedad esteriliza a las élites y que lo mismo el conciente intelectual disminuye con el aumento de la población? (Véanse los trabajos de Cyril Burt).

De lo expresado y que la lectura de este libro me hizo recordar, se plantea otra cuestión no menos grave: ¿hacia dónde vamos?, ¿qué curva sigue la humanidad? Si el hombre ha pasado, desde la cultura de piedra y la "acheulense chelleano" hasta la era atómica, por ocho edades, eras o

---

(1) A fortalecer esta tesis vienen los argumentos basados en la planificación de los nacimientos de los animales, expuestos por Edwards, Koehler, Tinbergen, y el gran zoólogo Lorenz, gracias a quienes conocemos mucho mejor hoy las relaciones de los animales, *releasers*, si lo he de expresar en los términos de la escuela de Lorenz; e incluso su simbología, como que la conducta del animal no obedece solamente, como se creía antes, a tropismos rudimentarios y a objetos-señales. Sea oportuno recomendar aquí un gran libro colectivo: *Polarité du symbole* (Études Carmélitaines, Desclée de Brouwer).

(2) Para no complicar la imaginación del lector, soslayo considerar las explosiones de la infancia y la vejez. No obstante deben tenerse en cuenta. Sabido es que la medicina tiene entre sus metas prolongar la vida por varias décadas. Así se explica que algunos biólogos nos hablen ya de la inmortalidad fisiológica. O, de otro modo: el supuesto incon-

culturas, ¿cuál vendrá después? F. Meyer, en libro extraordinario, nos ha dicho que podemos imaginar para el futuro tres principales evoluciones posibles, o sea: 1ª, aceleración hasta el fin de los tiempos; 2ª, estancamiento, y 3ª, progreso indefinido. Mas sea de ello lo que fuere, es decir, que las tesis malthusianas como las antimalthusianas tienen acá una frontera de problemas común, permítaseme subrayar dos cosas: los gravísimos errores de organización social y biológica actuales son muy grandes; por tanto, se necesita —y que me sirva esta frase para que el lector se introduzca en el libro reseñado (3), el cual no es, por cierto, la última palabra en esta materia, según se puede colegir del esbozo que por mi cuenta hago del “estado de la cuestión”, nuevas políticas y actitudes de los gobiernos, pueblos y grupos religiosos, programas y logros de planificación familiar; en una palabra: reconocimiento, investigación, planificación y acción. ¿Por parte de quiénes? Por sobre todo, de los mismos hombres. Porque, si vamos al decir del vetustísimo adagio, “los molinos de los dioses muelen muy despacio”. Al pronto se juzgará impropio, en la América Latina por lo menos, con amplias zonas deshabitadas, conferir importancia a un tema de tanta magnitud como este. No lo creo. Es más: si se fueran a resumir los más grandes problemas de Latinoamérica en relación con su desarrollo se tendría que poner, por lo pronto, a la cabeza tres: precisamente este de la explosión demográfica y, en segundo término, el desorden social; por último, los “feudos electorales podridos”. Y eso sin hablar, claro está, del caso colombiano, donde... sin embargo, la tierra se mueve. El hecho de que señale la explosión demográfica como uno de los grandes problemas latinoamericanos y, por tanto del país, no quiere decir, sin embargo, que le confiera un rango absoluto. No; es problema, a mi juicio, cuya relación resulta inversa con la viabilidad de los planes de desarrollo, los cuales indicarán qué magnitud humana puede absolver cada país. *Sensu stricto*. Nuestro futuro, lector, es ante todo el futuro colectivo (4).

---

movible de que existe una línea divisoria neta entre la vida y la muerte comienza a desmoronarse. Por lo visto, habrá que reformar la ética, los códigos, la literatura e incluso la sicología religiosa. Y por lo visto, igualmente, algún intelectual tendría que escribir un libro: *La increíble partenogénesis de las masas*, o *El problema de las células ovulares fecundadas*. Aquí resulta inevitable recomendar otro libro de nuestro tiempo: *Los hechos de la vida*, por G. Gamow. A través del cual el lector puede sumirse en el viaje dantesco, estilo siglo XX, por los meandros del cuerpo humano y en compañía del señor Tompkins y del doctor Streets —un Dante y un Virgilio modernos, sobradamente modernos—. Pero haciendo, es verdad, salvedad de un cúmulo de diferencias.

(3) Precisamente a estos teólogos la Iglesia deberá, tarde o temprano, algo más que su evolución ortogénica; es decir, cronológicamente sucesiva, sin vacilaciones ni desviaciones. Y, sobre todo, sin retrocesos. Porque ellos no solo ventilan, como el padre redentorista alemán Bernard Haring, el problema de las píldoras; van mucho más allá. Karl Rahner, profesor de la Universidad de Munich, afirma que la iglesia institucional ha muerto y que debe ser reemplazada por una iglesia con bases carismáticas; Edward Gehillebeckx cree que la verdad se mueve en el transcurso del tiempo; M. de Chenu muestra que el trabajo no es un castigo por el pecado original, sino la manera de realizar el hombre en la tierra el fin de la creación. Podemos, en consecuencia, identificar, en nuestra época, a una iglesia representada en el progreso del “modo de pensar”.

(4) Irónicamente, tal vez, hay quienes creen que la pobreza de la sobrepoblación se arregla adoptando niveles de vida aún más bajos. Esto es, con pobreza. Yo pienso, dejando de lado estas necedades, y teniendo en cuenta el aumento de población al ritmo de 30 por 1.000 en nuestra área “subdesarrollada”, que cualquier solución debe implicar una serie de soluciones escalonadas, *hacia arriba*.

Obra esta que busca llevar al público en general, explicándolos con todo detalle, los antecedentes, las causas y razones que motivaron, siendo el autor ministro de hacienda, la política económica que se conoció entre los fines de 1962 y el año de 1963. Yo recelo mucho, sin embargo, del alcance de estas intenciones, escritas así: para un público general, ajeno, es lógico, a las finanzas nacionales. No obstante que todos necesitamos saber, hoy más que nunca, cuáles y cuántas cosas están en juego, merced, diga usted lector, a una mala —o buena— política monetaria. Y recelo por dos razones. A nadie se le oculta que el hombre de la calle —para quien en la intención del autor está escrito el libro— esto es, el que paga en economía los platos rotos, siente una antipatía muy moderna hacia todo aquello que cae fuera de su órbita privada. Tanto más si se trata de una cuestión que no es, por necesidad y definición, la suya. Me atrevería a decir que en este egoísmo radica la causa de nuestra indisciplina social. Es ignorar, es no querer saber, es trampa, es pereza, es astringencia mental, es ceguera espiritual. Pero no nos equivoquemos. El colombiano actual pontifica sobre esto y aquello, y no le importa ni aquello ni esto. Le basta, cada mañana, apelar a su periódico “libre pero irresponsable”. O a sus *vacas sagradas*. ¿No equivale esto a vivir una expresión colombianísima? ¡*El relajo!* Cosa que debemos aplicar a la serie de los pensamientos nacionales —por tanto, el *ordo idearum*— como a los demás órdenes de las realidades del país. Esto es lo que podríamos llamar un “hurto continuado de capital moral y espiritual a la nación”. La otra razón, que no es sino una explicación de la primera, la podemos hallar al formularnos la siguiente pregunta: ¿cómo es, o mejor aún, cómo vemos en la calle a los colombianos de nuestros días? Enmarañados, o sea anudados unos a otros, no son ni serios, ni alegres, ni trágicos, ni cómicos. Simplemente les vemos ahí, desde el punto de vista social, claro está, medio inanimados, medio vivos; sin conocer su origen definido y, lo que es peor, las metas que persigue. Principian a participar de dos lenguas —la gringa y un castellano macarronzado— y se sostiene sobre tres culturas diferentes: la hispano-católica, la americano-material y la casurro-indígena. De aquí su hibridismo, su disparate social; en fin, su naturaleza infantil y solitaria. “Nadie parece creer en sí mismo, escribe un ensayista colombiano refiriéndose a la crisis presente, ni mucho menos en su semejante”. Así, son contradictorios y se transforman en conflicto, porque sus espíritus portan una dimensión dual y opuesta: son, al mismo tiempo, parásitos y reivindicadores.

Sería necio extenderme aquí. Se comprenderá, sin embargo, que debido a esta falta de identidad social el colombiano de nuestros días carece, por eso mismo, de vida individual menos azarosa. Y viceversa. Pues la vida humana cuando no se halla en crisis consiste en una pluralidad: constituye, vista desde cualquier lado, un equilibrio de poderes. Por esta razón, a todo colombiano que busca ser conductor se le ve, ante todo, como un impostor, un estafador, un parásito, un farsante. El problema sustancial, que es el problema ser-hombre, originario y único es —como lo decía Ortega— encajar yo en mí mismo, coincidir conmigo, encontrarme a mí mismo. Pero a este afán de intimidad, a esta pasión de ser uno siempre el mismo, a este

arrebato de autenticidad se le puede describir diciendo también: es encajar mi yo en la sociedad, coincidir con ella, combatiéndola o aplaudiéndola, encontrarme en ella. ¡Dependencia doble y dinámica, sin duda! Si los otros, la gente, ustedes, tienen que contar conmigo, yo no haré nada sin ustedes, sin los otros. De allí la soledad del hombre y, al propio tiempo, su magnánimo solidarismo. El es, en efecto, un solitario solidario cuando no ha perdido su pluralidad: ¡ahí está el coraje de su adhesión a lo colectivo! Se trata, sencillamente, de conocer su *circunstancia*. ¿Cómo? Por lo pronto, sabiendo qué es lo que los demás hacen con su vida. Supongamos: con su vida de hombre comprador de alimentos y vestido con una moneda pobre.

Mas volvamos al libro de Sanz de Santamaría. Basta subrayar el título, en gracia de la brevedad, para comprender la circunstancia crítica dentro de la cual se desenvolvió dicha política: *Una época difícil*, y cuyas repercusiones subsisten. La cual no es, ni tiene por qué ser otra cosa, sino un solo aspecto de la *crisis* general colombiana; quiero decir, la del carácter y espíritu de los colombianos. “Los problemas que analiza —comenta Ediciones Tercer Mundo— son los mismos que hoy preocupan a la nación”. Obra, además, matizada de atisbos sobre el temperamento y carácter del pueblo colombiano, así como de algunas citas famosas, puestas con aquel mismo fin de explicar. Por esta razón, bien hubiera podido su autor escoger una que explicara, a este mismo público en general, cómo las reservas de oro y divisas no bastan para garantizar la solidez de la moneda, si, al propio tiempo, no se cuenta con una satisfactoria amplitud y calidad de las actividades económicas y con la eficacia del trabajo. U otra en la cual se le hiciera ver que, en un país cualquiera, los déficit subsisten cuando se continúa distribuyendo en forma de gastos públicos, más de lo que se produce. Todo este libro está concebido, pues, para contribuir a solucionar los problemas y dificultades económicas de la hora presente. Porque estas explicaciones tienen, por otra parte, y como es apenas natural, un enfoque hacia el futuro, mostrando así —o queriendo mostrar, por lo que dije atrás— a las gentes por qué se hizo esto o aquello. De aquí que seguramente mucho llamarán la atención al lector los memorandos que se transcriben. Desde sus disquisiciones sobre la opinión pública, los gobiernos y los pueblos, la demografía y la técnica, los problemas económicos de Latinoamérica, hasta, ya en un ámbito más restringido, los antecedentes de la devaluación de 1962, las opiniones del BIRF, el impuesto al consumo de gasolina, los efectos sociales y fiscales de la devaluación, la Junta Monetaria, la política cafetera, los gastos del Estado, etc., está concebido con tal fin. Explicar, mostrar, aleccionar... Y ello, si no se considera mi objeción inicial está muy bien. Nuestra época, con efecto, confunde los signos monetarios con la riqueza, haciendo generalmente de la economía un arte difuso y confuso. Tal exagerado mercantilismo (1) —porque de ello se trata— nos han conducido, y valiéndome de las palabras de Jackes Chas-

---

(1) En economía y en muchas otras cosas todavía domina la filosofía de Bentham, para quien la comunidad es “solamente un cuerpo ficticio compuesto de individuos”. Esto explica dos cosas: la idea de que la prosperidad personal es el aliciente más eficaz para la actividad, y que la pobreza lo es para el trabajo. Esta “teoría gladiatoria” (T. H. Huxley) es sencillamente monstruosa. Porque la sociedad debe buscar hoy la preparación del mayor número posible de hombres para que sobrevivan, en vez de buscar la supervivencia del más apto.



tenet con las que describe la crisis de la Francia de Luis XIV, al enredo en el sistema de percepción de las rentas, a que los impuestos sean mal repartidos y demasiado numerosos, así como a que apenas una parte de la riqueza nacional entre en las cajas del "rey", es decir, de la nación colombiana pues el resto se queda en los bolsillos de los traficantes, camarilleros y especuladores de toda especie. Por esto, el plan que entre líneas parece formularnos Sanz de Santamaría es: la quiebra de algunos y no la bancarrota general. No sería extraño, pues, si esta apreciación resulta válida, como me temo muy fundadamente, un plan para remplazar la suerte —los "5 y 6", los totogoles, la especulación, el agio y la incapacidad administrativa, etc.— por la previsión y el estudio; el arrivismo por el esfuerzo cotidiano, y las fortunas exclusivistas por la riqueza nacional.

Se verá, por último, el propósito de Sanz de Santamaría de encontrarle a algunas de sus tesis un eco, y más que un eco, una circunstancialidad latinoamericana. ¿Por qué? A mi juicio, las economías latinoamericanas, atrasadas y desequilibradas, excepto las de unos pocos países, parecen moverse progresivamente hacia situaciones cada vez menos ventajosas, dentro del sistema actual de la economía mundial. Pero el ambiente de crisis, lejos de unificar pareceres o de sacrificar intereses parciales en pro de objetivos colectivos, ha agudizado y polarizado, en los países dueños de esas economías, la contienda política y ha afirmado, por desgracia, la tendencia a buscar soluciones de fuerza. ¿Precipitud? ¿Negligencia? ¿Ignorancia? ¿Pobreza? ¿Debilidad? Da lo mismo, según la religión de los antiguos persas.